

## Entrevista a Amnon Issacharoff



Irene Cairo

Asociación Psicoanalítica Americana. Nueva York

Es primavera, y las hermosas plantas que rodean la casa están en flor. Estoy en la casa de fin de semana, en East Hampton, New York, que Amnon Issacharoff, con su esposa Dora, mantiene como un maravilloso refugio, un refugio del que se benefician familia y amigos. Hemos acordado que la entrevista será informal y en varias partes. Yo tengo gran curiosidad por escuchar su historia, trozos de la cual ya conozco, pero me falta un hilo central que espero encontrar ahora. Una conversación informal de hace unos días me dio la oportunidad de una maravillosa charla. Y eso tomo como punto de partida.<sup>1</sup>

**Irene Cairo:** Amnon, a partir de mi artículo en la *Newsletter* de la IPA sobre el ciclo de vida del analista tuvimos una conversación que me interesó mucho. Comencemos por ahí.

**Amnon Issacharoff:** Me interesó mucho esa serie de tres artículos. El artículo de Jonathan Sklar<sup>2</sup> se refirió a cómo cambia la relación con colegas, con alumnos y, claro, con pacientes, cómo la edad afecta esas relaciones. Es una visión legítima, pero me hizo pensar otras cosas. ¡Lo cual es bueno (sonriendo)! Bien, pensé que no es suficiente. Lo que falta, creo yo, tiene que ver con la evolución interna del analista. Para el analista está lo que ha aprendido y lo que va aprendiendo de la vida, una vida que abarca, claro, el comienzo profesional, la relación con su analista, con supervisores, maestros, figuras próceres, libros, toda nuestra tradición. Comienza un primer paso de una relación donde funciona

---

<sup>1</sup> El lector observará que Amnon, como muchos de nosotros, inmigrantes, utiliza palabras en inglés de tanto en tanto. En la primera versión de esta entrevista los editores me pidieron que fuera "toda en castellano". Como tanto Amnon como yo pensamos que eso traería inevitablemente una gran distorsión del clima de intimidad y de informalidad en que condujimos nuestras charlas, decidimos que traduciría entre paréntesis, o al pie de página, lo que fuera necesario.

<sup>2</sup> IPA Newsletter numero 9, Mayo 2010.

dentro de grupos, en clases, y uno allí busca su lugar. Pero no llega uno a ser conciente de llegar a un punto determinado. Poco a poco, al hacer entrevistas de admisión, al ver gente de diferente formación y experiencia, uno, viniendo con muchas preconcepciones, comienza un proceso de digestión –como diría nuestra “maestra” Piera<sup>3</sup>– pero falta aún mucho para la metabolización. Esa metabolización implica la transformación de lo que inicialmente eran ideas de otros –y también experiencias– que uno empieza a absorber, a internalizar, hasta que llega un punto donde se siente, “esto es lo que yo pienso”. Como ocurre con los procesos digestivos, uno come mucho y elimina mucho, absorbe, esperamos, lo realmente nutritivo, pero eso que absorbe depende de muchos factores, no sólo del valor intrínseco de lo que recibe. Eso es sólo un primer paso. Porque nunca terminamos de aprender –nunca “llegamos”, en un sentido total–. En eso la nuestra es una profesión diferente de otras. ¡Uno está expuesto a tantas cosas! ¿Qué es lo que queda? ¿Qué es lo que hace que uno diga: “Yo tengo *esta* forma de ver las cosas”?

Uno empieza con algo básico, y después, ¿qué son las experiencias, los maestros que lo inspiraron a uno? ¿Quiénes los pacientes que nos enseñaron, los colegas con los que compartimos?

Uno aprende dos cosas, lo que sabés y lo que no querés saber. Eso me pasó en el Instituto (William Alanson White). Yo tuve lo que siempre pensé que era un mal análisis. Mi analista era un hombre al que admiraba, por eso lo elegí. Antes de decidirme a entrar a White hice varios cursos. Allí conocí a quien sería mi analista. Me pareció un hombre inteligente. A mí me habían atraído las ideas de Sullivan, especialmente porque Sullivan decía que la cura se traduce en que el paciente ahora puede dar algo nuevo a la sociedad.

IC: Es decir, la idea es que cambia la relación de objeto. Se trabaja el narcisismo, el objeto se vuelve más importante y eso se extiende a lo social.

AI: Me gusta que unas esa parte de la teoría a lo personal, aunque eso no fue como yo lo pensé entonces.

IC: En la época en que te formaste la visión era que el psicoanálisis cura la neurosis.

AI: Así es, por eso me atrajo el aspecto social. También, en los cursos que tomé, el concepto de que Eros organiza la vida, eso me atrajo. Otras cosas que dijo Sullivan: como lo que determina el estilo de una persona, cómo se puede evaluar –y controlar– la ansiedad. Uno aprende muy temprano qué causa an-

---

<sup>3</sup> Aulagnier.

siedad. Uno observa desarrollos, una madre ansiosa no deja que el bebé mame bien, la forma como se va organizando la mente va a afectar todo, cuán fácil o difícil va a ser encarar todos los aspectos de la vida: trabajo, grupo, pareja, funciones parentales. Eso no creo que fuera explicitado en esos cursos pero me quedó muy claro. Esto lo volví a pensar el otro día cuando hablamos de lo “originario” de Aulagnier.

IC: ¿Creés que Sullivan hablaba de eso sin llamarlo así?

AI: Creo que sí, creo que Sullivan pensaba mucho en los peligros que derivan de esa fase.

IC: ¿Por qué decís que tu análisis fue malo? ¿Cómo es un mal análisis?

AI: O yo fui un mal paciente. O simplemente mi analista fue un mal analista para mí. O en ese momento de mi vida yo estaba elaborando aspectos de mi vida muy particulares. Estaba decidiendo quedarme en este país. Quería no sólo solucionar problemas básicos de mi vida, sino ese punto en particular, y tal vez había una mala conexión de él con mis dificultades. Él tenía intereses diferentes...

Algunas cosas tenían que ver con que yo no tenía forma de comparar, yo no sabía que un analista podía hacer preguntas y responder a preguntas...

IC: ¿Como una persona!

AI: Sí, al menos de vez en cuando... (sonriendo) ¿Alguna vez estuviste en el edificio del Instituto White? Cuando yo comencé eran dos pisos, en un hotel, el Hotel Croydon, en 86 y Madison. Estaba muy bien organizado, había una sala de conferencias, se daban muchas conferencias, también había otras actividades. Era una programación muy abierta, había médicos y psicólogos. Una vez Jerry (mi analista) dio una conferencia donde hablaba de un paciente a quien el analista no le tenía simpatía... El paciente hablaba de sentirse protegido, ayudado, pero el dilema para el analista era que no podía llegar a gustar de ese paciente... Yo estaba escuchando... pensando en ese dilema... Digo que era un mal análisis por cosas que pasaron, cosas que no fueron profundizadas, cosas que quedaron estancadas, que continuaron en mi mente, cosas que vi después con mis pacientes...

IC: ¿Las cosas que vos tenías sin resolver?

AI: Sí, problemas específicos, otros (sonriendo) más bien existenciales...

Por ejemplo observando a mi padre jugar al poker aprendí cómo hay ciertas tácticas que no son apropiadas... son impulsivas... mi padre era impulsivo.

IC: ¿Con el análisis crees que también te pasó algo similar? ¿Aprendiste lo que estaba mal? Me interesa seguir eso, pero no quiero perder el hilo de algo que dijiste antes, sobre que tu analista no estaba interesado en tu decisión de quedarte o no en los EE.UU.: ¿En qué forma te afectó eso? ¿A eso te referías cuando decías que sospechabas que vos eras el paciente de quien él hablaba?

AI: Yo creí que había sido obvio.

IC: ¡No, fue muy sutil!... Bueno, ¿cómo fue que te quedaste? ¿El problema de la inmigración no le tocaba a él? ¿Él era americano?

AI: No, era polaco, muy, muy europeo. Muy tradicional. Fue co-creador del Foro Internacional, hacía muchas cosas, tenía una posición directiva en muchos lugares, yo sentía en ese momento que para él el análisis no era algo central... Pero más tarde me enteré que había pasado por un muy mal momento personal...

Más adelante vino alguien muy importante de Brasil (a través de un analizando brasileño que él había tenido) y él fue invitado, también yo, a dar conferencias en Brasil. En otro viaje fuimos los dos a la Argentina, fuimos muy bien recibidos por mucha gente, Bleger, Liberman, Grinberg. Había varias reuniones en los departamentos de ellos, allí conocí a Ángel Fiasché, quien al poco tiempo me pidió que lo ayudara a venir a EE.UU. Lo hice. Era un muy buen maestro, uno de los maestros más brillantes que he conocido, con una capacidad de síntesis excepcional. Él podría haber tenido mucha más influencia pero no eligió trabajar en una institución analítica... Sin embargo, enseñó Klein a grupos privados, colegas a quienes le presenté. Pasamos mucho tiempo juntos, nos hicimos muy amigos, recuerdo una caminata donde le conté una situación con un paciente, un problema clínico serio, y te diría que con tan pocos elementos él se lanzó a analizarlo, su lucidez era increíble, sentí que él... la imagen que tengo es como que él construyó un palacio con la pequeña choza que yo le ofrecí. Más tarde puso su consultorio cerca del mío. En esa época había gran abundancia de pacientes y de a poco lo ayudó a construir una práctica psicoanalítica.

Lo invité a East Hampton y tanto a él como a su esposa les gustó mucho y muy pronto compraron una casa cerca de la nuestra. Era alguien muy especial, era audaz con el inglés, lo incorporó, aunque no lo hablaba correctamente se manejaba increíblemente, y con su práctica y el hospital estaba feliz, no quería líos institucionales analíticos. Yo le presenté a Monty Ullman quien le ofreció entrar al Hospital Maimónides, se cayeron muy bien, y él entró, e hizo mucha carrera. Se parecían en muchos sentidos; un día Monty y él empezaron a hablar de Suecia... ¡se entusiasmaron y se fueron! ¡Se quedaron como un año en Suecia!

IC: Contame algo de la historia del White.

AI: Bueno, como sabes, el White se creó en 1943, con Sullivan, Eric Fromm, Frida Fromm Reichmann y Clara Thompson; eran las figuras fundamentales dentro de la escuela interpersonalista. El transfondo era crear un frente contra lo que ellos percibían como la rigidez de la Asociación Psicoanalítica Americana. El énfasis en White era claramente interdisciplinario, y además había interés por tratar enfermos que en el pasado habían sido considerados inanalizables. Hasta el día de hoy el énfasis intelectual está en los diversos programas de alcance social. ¿Sabías que el White instauró una clínica para pacientes no pudientes en el '48? También permitió el ingreso a psicólogos cuando en la Asociación Psicoanalítica Americana sólo se admitía a médicos. Hoy en día hay más de trescientos graduados en la Asociación<sup>4</sup>.

IC: ¿Cómo fue tu trayectoria ahí?

AI: Me gradué en 1965. Un par de años después, Earl Witenberg, Director del instituto por más de treinta años, mi maestro, supervisor (eventualmente fuimos adversarios políticos, pero siempre amigos y nuestras familias conectadas socialmente), me pidió que comenzara mi primer cargo docente como ayudante de Ruth Moulton en un curso que hacía hincapié en cuestiones psicosomáticas en psicoanálisis. Ruth era en aquel tiempo Directora de Training y la mujer con más poder político en el Instituto. Como sabes, sus trabajos en psicosomática fueron muy importantes. Un par de años después –a lo mejor tres o cuatro, no me acuerdo–, me hice cargo del curso y luego me pidieron que diera un curso de teoría de relaciones objetales, lo que hice por no me acuerdo cuántos años. Mirando hacia atrás, tengo la impresión –más que impresión, certeza– que nunca tuve mucho placer con estos cursos. Lo hacía porque siempre fui un buen soldado y era una forma de participar activamente en las actividades claves de una institución con la que me sentía profundamente identificado. Eso no es cierto en relación al curso que enseñé ahora, donde lo paso muy bien porque trato de compartir mi experiencia de casi medio siglo de práctica.

IC: ¿Quiénes fueron tus influencias dentro de White? ¿Quiénes fueron tus supervisores? ¿Quiénes tus “amigos analíticos”?

AI: Edgard Levenson fue uno de mis primeros supervisores. Como sé que lo conocés, sé que sabés que es alguien brillante. Era Director de la Clínica de

---

<sup>4</sup> N. de E. Issacharoff se refiere aquí a la William Alanson White Society, asociación de graduados del White Institute's Adult Certificate Program in Psychoanalysis, especialmente dedicado a promover la educación continua de los psicoanalistas formados en The William Alanson White Institute of Psychiatric, Psychoanalysis and Psychology.

White. Los martes había discusiones clínicas interesantísimas, era una época de gran efervescencia intelectual. Alberta Szalita fue también mi supervisora. Muchos años más tarde, en Israel, ella fundó una escuela de Psicoterapia en la Escuela de Medicina de la Universidad de Tel Aviv, una escuela de cuatro años que aceptaba psiquiatras y psicólogos. Yo tuve una participación muy activa en ese Instituto, lo cual cementó una estrecha amistad con Alberta Szalita. Sabes que ahora, en este contexto, recuerdo que una vez le hice una entrevista; fue una experiencia lindísima, que fue publicada en *Contemporary Psychoanalysis*. Volviendo al comité fundador de ese instituto, ahí estaba también León Grimberg, quien para esa época vivía en España.

Otras figuras muy importantes para mí fueron el mismo Earl Wittenberg, quien como te dije fue director del Instituto, Jack Schimmel, y Ed Tauber. Earl era un americano por excelencia, con gran talento político, lo que le permitió imponerse cuando después de la muerte de Sullivan y de Clara Thompson hubo una escisión respecto del tema de aceptar o no a psicólogos. Muchos se fueron, y Earl consiguió centralizar a la mayoría del Instituto.

Schimmel, quien escribió mucho sobre adolescentes, se convirtió en un amigo entrañable, imagínate que con ellos, él y su esposa, quienes al igual que Dorita y yo tenían también tres hijos, nos nombramos legalmente custodios de los hijos mutuos.

IC: Contame de Ed Tauber, porque seguramente en la Argentina no se lo conoce bien.

AI: Era otra figura excepcional, mucho mayor que yo, y sin embargo nos acercamos mucho y cenábamos juntos periódicamente. Era una figura muy admirada, entre otras cosas por su interés en investigación, y se lo conocía como alguien que sabía mucho de ópera, una figura muy de estilo europeo.

Él admiraba mucho a Fromm, de quien se consideraba un discípulo. Yo también en una época estaba fascinado por Fromm, iba a los desayunos para candidatos que organizaba los domingos a la mañana, donde servía bagels y salmón y nos contaba anécdotas. Una vez nos contó que él analizaba a un ladrón, un ladrón de casas, y que su objetivo en el tratamiento (riéndose) era hacer que mejorara como ladrón. Esa cosa provocativa también acompañaba el no contestarnos cuando le hacíamos preguntas, decía que pensáramos por nuestra cuenta...

IC: Pero cuando te pedí que me dijeras cuáles eran tus influencias más importantes, Fromm no fue uno de los que nombraste espontáneamente.

AI: Así es, no fue tan importante para mi formación.

IC: ¿Y tus influencias argentinas?

AI: Ah, por supuesto que yo tuve la gran influencia de los argentinos a quienes mencioné, Zac, Rolla, Liberman... De David en particular siempre me acuerdo con tanto afecto y lo veo tocando el piano en mi casa en New York... Wittenberg los invitó a participar del Instituto.

IC: ¿Vos ya enseñabas?

AI: Sí, claro. Además trabajaba en el Hospital Maimónides, en New York, un hospital de 800 camas. Allí, en los años '60 fui director de *Liaison* (Interconsultas). Era la época de la presidencia de Lyndon Johnson, había ese sentimiento de crear The Great Society; recibimos un subsidio muy importante y se construyeron oficinas, un pabellón nuevo. Recibí el ofrecimiento de ser director del Servicio de Interconsultas, ahora muy agrandado, moderno, con personal profesional y administrativo, pero por supuesto *full time*. Ahí tuve un episodio en el fondo gracioso, un fuerte dolor de espalda que requirió tracción. Monty Ullman vino a verme al Hospital y me urgió a tomar una decisión.

Tener un trabajo *full time* en el Hospital hubiera implicado disminuir o anular mi contacto con el análisis, con la práctica del análisis. Y en ese momento el psicoanálisis era especialmente atractivo, era parte de una gran aventura intelectual, todavía era “el” método psicoterapéutico por excelencia. No cabía el rechazo de esa aventura. Así que lo pensé más y no acepté. ¡Y casi inmediatamente se me pasó el dolor de espalda!

Monty me pidió que continuara un año, una vez por semana, para entrenar al que sería director y mantener la continuidad. Y así lo hice.

IC: ¿Cómo siguió tu carrera en el Instituto?

AI: Bueno, efectivamente tuve una carrera en el Instituto pero también en la Asociación (*The William Alanson White Psychoanalytic Society*) a la cual pertenecen los graduados del Instituto, como te dije, un poco más de trescientos al día de hoy. En 1976 fui elegido presidente. Fue una cosa muy gratificante. Quiero subrayar dos contribuciones positivas y un fracaso en esa gestión. Por primera vez, las conferencias mensuales tendrían un tema y se invitaría a los autores más prestigiosos. Elegí el tema *Contratransferencia* y tuvo un éxito resonante. El primer miércoles de cada mes nuestro auditorio rebosaba, había invitados a quienes costeábamos viáticos, estadía y agasajábamos con cenas y reuniones. Posteriormente encargué a dos colegas, Arthur Feiner y Lawrence Epstein, que organizaran el material y lo editaran en forma de libro. Fue publicado con el título *Countertransference*. Por alguna oscura razón, falsa humildad tal vez, no quise que mi nombre figurara como autor. Aunque en realidad, ellos hicieron todo el trabajo editorial. Yo me ocupé de la introducción y colaboré con dos

artículos. El libro se transformó por muchos años en libro de texto y aún hoy se lo considera un clásico en el tema.

Mi segundo éxito fue inaugurar el *White Society Weekend*. Encontramos un lugar idílico en los Catskills –en Sullivan County, apropiadamente– (sonriendo) que ocupábamos en su totalidad y eran tres días de camaradería, caminatas, reuniones sociales, presentación de trabajos alrededor de distintos temas y fuente de muchas anécdotas.

El fracaso fue querer desafiar la autoridad absoluta de mi amigo Earl Wittenberg, en base a una tradición muy americana, exigiendo que el White Society tuviera representación en el Consejo Ejecutivo del Instituto, dada nuestra contribución financiera. Earl me enseñó muchas cosas como maestro y supervisor, y también como líder y político. En una de sus habituales llamadas, tarde a la noche, me advirtió –a gritos destemplados– que me iba llevar a juicio si no dejaba de hacer esas demandas estúpidas. Consideré prudente retirarlas. Curiosamente, nuestra amistad no flaqueó. Cuando le dieron una distinción nacional me pidió que lo presentara. Durante la revolución que cambió la estructura del Instituto a mí me reconocían como fiel a Earl pero, sin embargo, participante en la estructuración de los cambios y eso, curiosamente, nunca me lo reprochó. Una de sus virtudes sobresalientes era su realismo.

Cuando murió, su viuda pidió que yo diera la oración fúnebre.

Y para volver a tu pregunta sobre el Instituto, ahí fui Analista en función didáctica y de supervisión, y después *Fellow*, que es el nivel más alto al que se puede llegar, durante veinte años. Fue muy buena carrera. Como *Fellow* –que son el real gobierno del Instituto– fui reelegido cuatro veces, el máximo permitido, y cada período dura cinco años. Los últimos cuatro los ejercí como Chair del Council de *Fellows*, que es el que toma las decisiones políticas y estratégicas. Se requiere su aprobación para confirmar cargos importantes, graduaciones, otorgar y hacer menciones honoríficas, etcétera. Fue una experiencia importante. Era un desafío, porque todos los *Fellows* son figuras siempre con fuerte personalidad, “estrellas”, y yo no podía simplemente ejercer poder, tenía que decidir por consenso... Aunque (sonriendo) el Chairman controla la Agenda de modo que algún poder ejerce... aunque más indirectamente. Así aprendí a colaborar con esas veinte “estrellas” y no lastimar egos.

Por muchos años fui elegido, por votación, miembro del Comité de Promociones. Una tarea ardua, delicada y, a veces, penosa. Ahora mi única función es ser miembro del Training Committee. Tenemos entre cincuenta y sesenta estudiantes y cada uno, al igual que sus supervisores deben ser evaluados en su progreso hasta la graduación. Como te imaginarás, hay muchas posibles barreras en ese camino. Acepto un número limitado de supervisados y hace ya varios años que dejé de aceptar candidatos en análisis de formación.

IC: Contame cómo continuó tu relación con los “kleinianos argentinos”.

AI: Siempre bien, pero se crearon tensiones dentro de White. El mismo Earl, quien los había invitado, se refirió a las diferencias entre Sullivan y Klein diciendo que yo había traído *The ill winds of the South* (los malos vientos del sur) al Instituto. Lo dijo en un arrebato. Se refería a que me veía infiltrando conceptos de relaciones de objeto en la teoría interpersonal. Aun así, él fue un huésped abierto y amable de Liberman, Sacks y Rolla a quienes yo había invitado a New York. Incluso los invitó a una reunión especial del *Council of Fellows* para discutir abierta y generosamente los puntos de contacto entre Sullivan y Melanie Klein. Hasta vino a una velada en mi casa, una de esas veces en las que Liberman tocó el piano...

IC: Es un problema, creo yo, que continúa en todos los institutos americanos, ¿no lo crees así?... Pero, sabés, quiero salir de los institutos... Me interesa mucho tu vida en Israel, ¿cuándo estuviste ahí?

AI: ¿Por qué te interesa?

IC: ¡Bueno, me hace gracia tu pregunta! Antes hablamos de la vida personal del analista... Y me dijiste cómo la vida nos afecta en nuestra forma de ser analistas... Esta conversación me recordó algo. Cuando enseñaba en Columbia, una vez una estudiante se me acercó, me dijo que tenía problemas con los pacientes en el hospital, y me pidió que le recomendara un terapeuta. Años después la encontré, como pediatra, en el hospital. Se me acercó, me agradeció mucho, y me dijo: “¿Sabe, los problemas que yo tenía con los pacientes, era porque yo no había vivido!” Eso pasa con todos nosotros, ¿no crees? Algunos tienen vidas más baqueteadas que otros pero todos sufrimos, y sufrimos ansiedad. Mi ex estudiante no había entendido en el primer año que la gente no sólo tiene ataques al corazón, sino que les pasan cosas en la vida... Bueno, tu inmigración debe haber sido central... Y creo que la experiencia en Israel también...

AI: ¿Me preguntás cómo me afectó eso como analista?

IC: Me interesa, como sabes, toda tu historia. Como bien dijiste, un analista adquiere sus experiencias de vida y eso lo cambia. Eso es crucial. Por lo que recuerdo de fragmentos de conversaciones, no solo es interesante tu historia en Israel, sino que es sumamente desusual, para la mayoría de los analistas.

AI: ¿En qué forma me influyó esa experiencia? Esa es tu pregunta... Sí, es cierto, yo analista pienso en ese muchacho que fue a Israel, y en lo importante que fue lo que ahí vivió.

IC: ¿Qué edad tenías?

AI: 18 o 19 años. Llego a un país desconocido, no hablo el idioma, no tengo idea de la política, nunca fui sionista.

IC: ¡Ah! Entonces esa no fue la causa.

AI: No, a pesar de que mi mamá fue presidenta de una Sociedad judía de ayuda a huérfanos judíos en Montevideo, pero no tenía vinculación con Israel. Pero ella tenía dos hermanos y una hermana en Israel. Cuando ella murió yo tenía 14 años. Me fui a Buenos Aires a un colegio internado –en Acasuso– y empecé a cartearme con un hermano de mi mamá, que era un funcionario en la administración inglesa, y él me invitó a ir.

IC: ¿Nacido en dónde?

AI: En Polonia. Como toda la familia de mi mamá, habían sido parte de la inmigración del '24 de Europa a Israel. Él me invita a ir, me dice que me va a ayudar a estudiar, y me muestra un muy apreciado certificado que daban los ingleses en esa época. Y decidí aceptar la oferta. Yo no tenía ataduras con nadie. Entonces me voy a Israel. Aún antes que eso, por circunstancias muy fortuitas, yo había tenido contacto con personas que tuvieron luego una trayectoria importante en la historia de Israel.

IC: Creo recordar que participaste en la lucha por la liberación, ¿es así?

AI: Sí, antes y después de la fundación del Estado de Israel. Aunque detallar todo eso sería una historia muy larga. Yo había ido a la Argentina con mi padre, pero él después se distanció. Estaba muy solo, aunque tenía a la familia de mi padre; los padres de Eduardo, que fueron como padres para mí, y ellos y otra gente de la familia se ocuparon de que yo estuviera en un buen lugar. Entonces cuando llegué a Israel, continué con ese “*pattern*” que ahora percibo como de estar afuera. Mejor que afuera, en realidad sería al margen...

Como te dije, por circunstancias fortuitas me había puesto en contacto con ‘ese’ grupo en Buenos Aires, entonces en Palestina tomé contacto con ellos, y participé en la guerra del '48 y entré en el ejército ...

En el '50 me volví a Buenos Aires. Y volviendo al *pattern* que ahora percibo de “estar al margen”... eso siguió. Cuando decidí una carrera psicoanalítica nunca se me ocurrió que iría a un instituto “*mainstream*.” (*la traducción más efectiva sería “clásico”*).

IC: Me dijiste por qué habías elegido White. Me hablaste de lo social.

AI: Ciertamente eso fue muy importante. Pero ahora, además, veo el *pattern*.

IC: Digamos que era un elemento más.

AI: Siempre estuve comfortable en los márgenes. Si hubiera tenido un analista que me hubiera hecho las preguntas correctas, habría sido interesante explorarlo. No era que él no era inteligente; estaba “*otherwise engaged*”. (envuelto en otras cosas). Como te dije, era un mal momento personal para él. Así que, volviendo a tu pregunta, ¿en qué forma me ayudó Israel? A saber que yo era capaz de muchas cosas, y que la gente me apreciaba y me respetaba.

IC: Sé que sos demasiado modesto para contarlo por vos mismo, pero sé que recibiste reconocimientos oficiales por tus acciones en Israel.

AI: Sí, así es, y a pesar de lo desusual de todo lo que yo hacía en ese momento todo eso no se registraba como algo especial sino como algo normal.

Mucho más tarde, cuando obtuve reconocimiento oficial, recién ahí lo pensé como especial. En esa forma Israel me ayudó, y fue una forma muy importante. Me sentí bien conmigo mismo. Aunque tal vez eso había empezado en Buenos Aires, pero ahí no tomaba decisiones por mí mismo.

IC: Lo que evolucionó internamente, ese sentirte mejor con vos mismo, ¿lo apreciaste entonces más tarde, cuando regresás a Buenos Aires?

AI: En parte sí. Volví a Buenos Aires y era independiente económicamente. Me contacté con ello cuando estudiaba Medicina.

IC: ¿Hasta cuándo estuviste en Israel?

AI: Principios del '50.

IC: ¿Y por qué volviste a la Argentina?

AI: Para mí es un capítulo no del todo claro. Terminó la guerra y encontré un grupo de argentinos que habían sido voluntarios en la guerra, me hice muy amigo de ellos. Uno es el primo de Dorita, a través de quien la conocí, y también a Salvador Minuchin, hasta ahora un gran y entrañable amigo. Todos se volvían.

IC: Pero entonces, ¿por eso volviste! ¿Esa era tu familia! ¿Qué relación tenías con Eduardo?

AI: Siempre lo consideré como un hermano menor.

IC: Esa era la única familia que tenías, y ahora tus amigos. ¿De dónde era originario tu papá?

AI: De Samarkand (ahora Uzbekistán). Es posiblemente un mito familiar que él pertenecía a una de las doce tribus originarias, una especie de aristocracia. Lo que es indudablemente cierto es que en 1917 se escapó a China a caballo. Eventualmente llegaron a Israel. Mi abuelo llegó primero, ese abuelo era el

mayor de todos los hermanos, e hizo que todos fueran a educarse a Europa. Cuando se fue a Jerusalén vivían en una casa de una manzana, en medio del barrio búcaro de Jerusalén, donde estaba la sinagoga que habían fundado. Los hermanos, a quienes él educó, ahora ayudaban a mantenerlo aunque él tenía un trabajo.

IC: ¿Cuándo se fue la familia a Uruguay?

AI: Cuando yo tenía dos años.

IC: Retornemos a tu regreso a Argentina desde Israel, una de las muchas vueltas, los muchos regresos, los nuevos comienzos.

AI: Volví, entonces conocí a Dorita a través del primo, él me invitó a un casamiento y ahí la conocí y la invité a bailar, aunque yo no sabía bailar.

IC: Eras independiente, dijiste. ¿Hasta para lo de bailar sin saber! ¿Qué trabajo tenías?

AI: Dos trabajos, los dos gracias a la mamá de Eduardo, Judith. La colectividad sefaradí recaudaba dinero en efectivo para la campaña unida de ayuda a Israel y necesitaban alguien de confianza. Ese era yo, ese era un trabajo. Pensá, en el contexto de acá, que conocés el UJA, (United Jewish Appeal) y todos esos movimientos, pensá que allá no había apoyo oficial para hacer campañas de ayuda a Israel, así que ese era un trabajo necesario y trascendente... Y el otro trabajo era muy interesante. Querían hacer un diario, o folleto, y me preguntaron si yo sabía hacer eso... Yo dije que sí, aunque no sabía, pero tenía un amigo, Jacobo Timmerman, y él sí sabía, y me mostró cómo. Fui a la comunidad con ese diagrama que él hizo.

IC: Es decir que Jacobo era tu "ghost writer".

AI: Sí, eso es. Era un trabajo que me permitía acudir a clases en la Facultad de Medicina, porque tenía un horario flexible.

IC: ¿Cuándo te recibiste de médico?

AI: En mayo de 1957, y en junio me vine a EE.UU.

IC: ¿Por qué?

AI: Me pareció que era una buena idea. Había oído acerca del internado y la residencia, me pareció interesante...

IC: ¿Qué edad tenía tu hijo?

AI: Dos años.

IC: La edad que vos tenías cuando tus padres se fueron al Uruguay... Me estoy metiendo mucho tal vez... Contame más de esos comienzos...

AI: Hice el internado en Michigan y la residencia en psiquiatría en Long Island. Y acá estoy... Y después, como parte de mi residencia iba a la escuela que fundó Rado, dos veces por semana, y como parte de la residencia venía a New York a escuchar a Rado mismo, quien me impresionó mucho.

IC: Bueno, entre las cosas que me flotan como preguntas, está el tema de tu maduración, tu evolución con respecto al enfoque con que encarás el análisis, porque sé que recomendás a tus alumnos el libro de Owen Renik para tu curso, algo muy desusual. ¿Cuál es tu curso?

AI: Práctica psicoanalítica. Sí, lo recomiendo como básico.

IC: Te identificás con él?

AI: El es uno de los autores que reconozco.

IC: Bueno, ¿esa evolución fue gradual? En realidad me doy cuenta de que yo tendría dificultad para contestar mi propia pregunta...

AI: Yo siempre fui un mal estudiante, excepto en la escuela secundaria. Después fui un mal estudiante de Medicina, y también en análisis, no aprendí mucho de las teorías...

IC: No sé si te creo, pero como buena entrevistadora por ahora no te voy a contradecir...

AI: En la experiencia con pacientes yo no podía formular bien cómo los ayudaba, por qué pasaba lo que pasaba. Yo tuve... no sé la palabra en castellano, *regrets*. ¿Pesares?

IC: No, no es exactamente pesares, ni arrepentimiento, porque eso se refiere a acción, es un lamentarse de lo que podría haber sido...

AI: Eso es, exacto, lo siento así con respecto a los pacientes que tuve, cuán diferente sería ahora con ellos, qué lástima que no podemos encontrarnos de nuevo.

IC: Tal vez eso lo sentimos todos los analistas. Toda persona que tiene un sentido ético.

Esto me lleva a una pregunta más. Ninguno de tus hijos es analista, tampoco los nuestros... Nosotros hablamos mucho de eso. Nos alivia, en cierta forma, que así sea. Y eso hubiera sido impensable hace treinta años, o mucho menos

antes, en los años en que rechazaste una carrera hospitalaria en parte porque te alejaría de tu práctica analítica. ¿Por qué nos alivia? Porque vemos el futuro del análisis como incierto, amenazado. ¿Y para vos?

AI: Bueno, yo entrevisto a candidatos y les pregunto por qué quieren ser analistas.

IC: La pregunta iba a eso. ¿Pensás que uno tiene un deber ético hacia los candidatos? ¿Advertirles sobre el futuro? En mi Instituto yo estoy en el comité de currículo. Alguien propuso enseñar psicoterapia en el último año. Yo al principio puse el grito en el cielo. Después me di cuenta de que es razonable.

AI: ¡Eso! Eso es exactamente lo que yo enseñé justamente en el último año. Les digo a los candidatos: “Olvídense de todo lo que aprendieron y comiencen con la experiencia propia en el análisis, olvidándose de que uno es analista”. Me molesta cuando escucho que alguien dice: “Este no es un buen paciente para análisis”. En general ocurre que no es un buen paciente para el analista. Hace treinta o cuarenta años yo tenía cincuenta horas de pacientes. Ahora tengo muchos menos pacientes, pero cada uno es un encuentro verdadero...

El otro día estaba leyendo una biografía de Elia Kazan, donde le atribuyen a Kazan que él decía: “*Help your actor – pensá “paciente” – focus on a bit of business. Let the feelings flow naturally from there*”. (Ayuda a tu actor a enfocarse en una pequeña transacción. Deja que los sentimientos fluyan desde ahí naturalmente). Eso es para mí la esencia de lo que es una buena hora terapéutica.

Creo que lo más importante es preguntarme: “cómo me siento yo con esta persona?”, “Quiero verlo de nuevo?”, “Y si no, por qué no?”. ¡Lo que más importa es el análisis de la vivencia con el paciente!

IC: Gracias Amnon, por esta conversación. Creo que tu experiencia, tan vital, tan excepcional y compleja, el haber arriesgado tu vida, tus migraciones, tus experiencias de soledad, hacen clarísima esta conclusión, a partir del uso que aprendiste a hacer de todas tus vivencias y así también de la vivencia y el contacto emocional con el paciente.